

nes á los hombres, contentándome con que sean manifiestas á solo Dios, porque el ladron de la vanagloria no robe mi tesoro, aunque es necesario dar parte al confesor y al maestro que en nombre de Dios me gobierna, porque Satanás, transfigurado en ángel de luz, no me engañe.—La segunda es, tener gran confianza de alcanzar esta grandeza de santidad, pues no sin misterio dijo Cristo nuestro Señor generalmente: *Sic est hominis*, así es todo hombre que nace del espíritu, para darnos esperanzas que cualquier justo podrá subir á esta perfeccion, si vive conforme á la gracia que recibió en su nacimiento espiritual, y obedece á la mocion del divino Espíritu que le encamina á ella; y en prendas y señal de esto, á todos los justos da sus siete dones, como luego veremos.

## MEDITACION XXVII.

DE LOS SIETE DONES QUE DA EL ESPÍRITU SANTO Á LOS JUSTOS, PARA QUE SE DEJEN GUIAR DE SUS INSPIRACIONES Y ALCANCEN GRANDE SANTIDAD.

PUNTO PRIMERO. — 1. Primeramente se ha de considerar, como el Espíritu Santo, con las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad (1), infunde tambien á los justos siete dones, que llamamos *don de sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor de Dios* (2), cuyos oficios y fines son muy diferentes, porque el oficio de las virtudes es inclinar al hombre al ejercicio de las obras virtuosas, por su propia eleccion y libre albedrío, ayudado de la divina gracia, y así puede obrar con ellas siempre, creyendo, esperando y amando, obedeciendo y humillándose como quisiere, porque el divino favor nunca le faltará. Pero el oficio de los dones es inclinar al justo que se rinda y sujete al impulso y movimiento que le viene de fuera; esto es, del Espíritu Santo, cuando con el viento de la inspiracion le mueve á bien obrar, como las velas sirven á los navíos, para que sean fácilmente movidos de los vientos. Y por esto el profeta Isaías llama á estos dones espíritus, porque son instrumentos del Espíritu Santo, para las obras que hacen los justos movidos de su impulso (3). Por donde se ve las grandes ganas que tiene el Espíritu Santo de que obedezcamos á sus inspiraciones, pues para esto nos da tales dones; por los cuales he de alabarle siete veces al día, como David, convidando á los Apóstoles y Santos del cielo que me ayuden é ello. Ó sagrados Apóstoles, que como

(1) D. Thom. 1, 2, q. 68. — (2) Isai. xi, 2. — (3) D. Thom. q. 68, art. 2.

palomas volásteis con las alas de vuestras virtudes, y como nubes fuísteis movidos del Espíritu Santo por medio de sus siete dones (1); suplicad á este divino Espíritu me los comunique, para que como paloma vuele en su servicio, y como nube me deje llevar del viento de su santa inspiracion.

2. De lo dicho inferiré, que, como dice santo Tomás (2), estos dones son necesarios á los justos para alcanzar la vida eterna; así porque andan siempre trabados con la gracia y caridad, de la cual no se pueden apartar, como porque el instinto é inspiracion del Espíritu Santo es muy necesaria para conservar las dos partes de la justicia y santidad, que son apartarse del mal y seguir el bien, especialmente en muchas cosas arduas y dificultosas que suceden en esta vida; y como el Espíritu Santo desea tanto nuestra salvacion y perfeccion, acude luego á favorecernos, habiéndonos prevenido con estos dones, para que le obedezcamos. Gracias te doy, Espíritu santísimo, por el cuidado que tienes de ayudar mi flaqueza con tan excelentes dones de tu gracia; no permitas, Señor, que yo los pierda, hasta que por ellos alcance la vida eterna. Amen.

PUNTO SEGUNDO. — 1. Lo segundo, se ha de considerar el modo como el Espíritu Santo con los siete dones por medio de sus inspiraciones nos aparta del mal, ayudándonos á vencer los vicios y tentaciones; lo cual declaró san Gregorio por estas palabras: *Contra la necesidad nos arma la sabiduría; contra la rudeza el entendimiento; contra la precipitacion el consejo; contra la ignorancia la ciencia; contra la pusilanimidad la fortaleza; contra la dureza la piedad, y contra la soberbia el temor*. De modo que estos siete dones son armas ofensivas y defensivas (3), que nos da el Espíritu Santo, contra las principales raíces de las tentaciones que combaten la vida espiritual, para que no la destruyan.—Lo primero, unas tentaciones proceden del tedio ó desgana que tenemos de las cosas de Dios, y se llama estulticia, porque la carne no gusta ni halla sabor en las cosas del espíritu, ni tiene estima de las cosas eternas, y enfadada de ellas las deja, y busca los deleites sensuales, como los israelitas, que enfadados del maná suspiraban por las ollas de Egipto. Contra estas tentaciones nos arma el Espíritu Santo con el don de la sabiduría, inspirándonos razones que nos aficionen á los bienes celestiales, pegándonos dulzura en ellos, y hastío de los terrenos. Lo cual puede y suele hacer en un momento, cuando quiere hacernos este favor, y nuestra necesidad clama por él.

(1) Isai. lx, 8. — (2) Ibid. art. 2. — (3) Lib. II Moral. c. 26.



2. Otras tentaciones proceden de la rudeza y oscuridad que tenemos en las cosas de la fe, de donde nacen dudas, perplejidades, nieblas, desconfianzas y tibiezas, así en el creer y esperar, como en el obrar; contra las cuales nos favorece el Espíritu Santo con el don del entendimiento, arrojando en nuestro espíritu ilustraciones y rayos de luz que deshagan estas nieblas, y nos den paz y gozo en el creer.—Otras tentaciones nos vencen, por ser indiscretos y precipitados en nuestras cosas, ó por la cortedad de nuestra prudencia, que no halla traza para salir bien de ellas, ó porque nos cogen de repente y desapercibidos, sin darnos tiempo para pensar lo que hemos de hacer. En tales casos suele acudir el Espíritu Santo con el don del consejo, inspirándonos con especialísima providencia el medio que hemos de tomar para vencerlas, como inspiró á José que dejase la capa en manos de la mujer que le solicitaba á pecar, huyendo de la ocasion por no perecer en ella.

3. Lo cuarto, contra las tentaciones que nos pueden derribar por ignorancia, por engaño, olvido ó inadvertencia, nos socorre el Espíritu Santo con el don de la ciencia, ilustrándonos con sus inspiraciones, para conocer las astucias de Satanás, los embaimientos del mundo y los engaños de la carne, y trayéndonos á la memoria las verdades que son mas á propósito para vencerlos, aficionándonos á ellas con gran dulzor.—Á otras tentaciones mas terribles nos rendimos por flaqueza de ánimo, cuando nos ponen en tal aprieto, que si no hacemos lo que es pecado mortal, hemos de perder la hacienda, honra ó vida, ó padecer otro grave daño. Entonces acude el Espíritu Santo con el don de la fortaleza, fortaleciendo con sus impulsos nuestro cobarde corazón, y animándole á padecer cualquier daño temporal, por huir el eterno, al modo que favoreció á Susana y á los gloriosos Mártires en sus peligros.—Lo sexto, de la dureza de nuestro corazón procede no tener compasion de nuestros prójimos, ni aplicarnos á hacerles bien, ni querer sufrir el mal que nos hacen, antes brota tentaciones de iras, impaciencias, injurias, injusticias, venganzas y crueldades, contra las cuales nos ayuda el Espíritu Santo con el don de piedad, ablandando nuestros corazones con el toque de su tierna inspiracion, y moviéndonos á usar de misericordia en las ocasiones que nos mueven á venganza. Finalmente, contra las tentaciones que nacen de soberbia, presuncion, ambicion y vanidad, nos arma con el don de temor, arrojando con su ilustracion algunos sentimientos de verdades que repriman nuestro orgullo y nos hagan temblar de sus espantosos y secretos juicios, ó nos humillen y deshagan la rueda de nuestra vanidad.

4. En todos estos casos ponderaré la grandeza de mi necesidad y la eficacia de estas ayudas, y comparando una con otra, glorificaré al Espíritu Santo que con tan amorosa providencia proveyó de tales remedios al que tan necesitado estaba de ellos. Y cuando fuere molestado con algunas de estas tentaciones, acudiré á él luego, pidiéndole que me ayude, pues por esta razon nos ofreció estos dones. Ó Espíritu santísimo, gracias te doy por las armas que me has dado contra mis crueles enemigos, y por el cuidado con que me mueves para librarme de ellos. Teniendo tal ayudador, ¿á quién temeré? Siendo tú mi luz y mi ilustracion, ¿de quién temblaré (1)? *Ponme junto á ti, y pelee quien quisiere contra mí* (2): aunque vengan impulsos del demonio para derribarme, si los tuyos me previenen, no podrán vencerme. Prevéngame, Señor, en mis peligros tus santas inspiraciones, para que no me aneguen mis miserias.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar el modo como el Espíritu Santo, con estos siete dones, por medio de sus inspiraciones, ayuda á ganar las virtudes con excelentísima perfeccion, así en las obras de la vida contemplativa, como de la activa.—Lo primero (3), con los tres dones, del entendimiento, sabiduría y ciencia, nos ayuda en las obras de la vida contemplativa, leccion, meditacion, oracion y contemplacion, moviéndonos con sus inspiraciones á ejercitarlas con gran fervor y perfeccion.—Con el don del entendimiento nos perfecciona en el conocimiento de los misterios de nuestra fe, ayudándonos con sus ilustraciones, para penetrar lo mas íntimo y secreto que hay en ellos con tanta certeza como si lo viéramos; de donde nacen lluvias de meditaciones profundas y delicadas, infundidas por el mismo Espíritu Santo, con las cuales se enciende el fuego de los afectos en el corazón.

2. Con el don de sabiduría nos perfecciona en el conocimiento de Dios, de sus excelencias y atributos, y de todas las cosas que tocan á su deidad, imprimiendo grande estima de las cosas divinas, con gran sabor y dulzura en conocerlas; con cuyo gusto y experiencia se perfecciona mas este conocimiento, y se levanta el espíritu á los actos encendidos de amor de Dios y de union con su bondad.—Con el don de la ciencia nos perfecciona en el conocimiento de las cosas criadas, imprimiéndonos con sus inspiraciones el juicio verdadero que debemos hacer de ellas, así por lo que tienen de Dios, como por lo que tienen de su cosecha. De donde procede, que por

(1) Psalm. xxvi, 1.—(2) Job, xvii, 3.—(3) D. Thom. 2, 2, q. 8, art. 6.



esta ciencia, como otro san Pablo (1), las estimemos y tengamos por estiércol y basura, en razon de ganar á Cristo.

3. Y porque la oracion para ser perfecta ha de ser práctica, de modo que no pare en conocimiento y afecto, sino que lleve fruto de propósitos y obras excelentes; por esto con el don del consejo perfecciona el conocimiento de las cosas particulares que hemos de proponer, en razon de cumplir lo que nos manda. De este modo nos ayuda el Espíritu Santo para la oracion mental, sin cuyo favor será derramada, seca y poco provechosa, porque, como dice el Sabio, *tu corazon padecerá fantasias de mujer preñada, si el Altísimo no envía su visitacion* (2), que es decir: Padecerá grandes vagueaciones y muchedumbre de afectos desconcertados y antojadizos, si el Espíritu Santo no le visita, y con sus inspiraciones le recoge y endereza (3). Y así cuando voy á la oracion, he de suplicar al Espíritu Santo haga conmigo este oficio, diciéndole: Ó Espíritu divino, que enseñas á orar con gemidos inenarrables; visítame con estos dones y ayúdame con tus santas ilustraciones, para que brote mi entendimiento santos pensamientos, mi voluntad encendidos afectos, y mis potencias se muevan á excelentes obras. Amen.

4. Luego consideraré como el Espíritu Santo, con los tres dones de piedad, fortaleza y temor nos perfecciona en las obras de la vida activa, para con nuestros prójimos y para con nosotros mismos, y para con Dios nuestro Señor (4).—Con el don de la piedad nos perfecciona en las obras que hemos de hacer con nuestros prójimos, imprimiéndonos espíritu de hijos para con los superiores, y espíritu de madre para con los inferiores, y espíritu tierno y compasivo para con los iguales, acudiendo con entrañas de caridad á remediar las necesidades de todos, así corporales como espirituales, y mas á éstas por ser mayores.—Con el don de la fortaleza nos perfecciona en orden á nosotros mismos, fortaleciendo la flaqueza de nuestra carne, reprimiendo sus temores, y moviéndonos á emprender cosas gloriosas del divino servicio, pospuesto todo temor humano.—Con el don del temor nos perfecciona en orden á Dios nuestro Señor, imprimiendo en nuestro corazon espíritu de reverencia y humildad, teniéndonos por nada en su presencia, y atribuyéndole la gloria de lo que con estos dones hacemos, pues todo es suyo. De esta manera nos mueve á cumplir lo que dice el Sabio: *En todas tus obras se*

(1) Philip. iii, 8. — (2) Eccli. xxxiv, 6. — (3) D. Bonav. De sep. itin. itinere 2.º, dist. 4. — (4) D. Thom. 1, 2, q. 63, art. 4.

*preexcelente* (1), y á veces mueve á cosas extraordinarias, para darnos extraordinaria santidad.

5. Últimamente, consideraré como el don del consejo está como sol en medio de estos siete planetas del cielo, dándonos luz de lo que debemos hacer en las obras de ambas vidas, activa y contemplativa (2), para que acertemos á escoger las mas convenientes, y el modo, lugar y tiempo de ejercitarlas; y como las cosas interiores son muy secretas, y puede haber en ellas muchos engaños, transfigurándose Satanás en ángel de luz (3), acude el divino Espíritu con el don de consejo, para que sin engaño busquemos la verdad y topeemos con ella. Mas porque ninguno es suficiente para sí, con este don nos inspira un admirable consejo; que no nos fiemos de nuestro propio consejo, sino que acudamos á los consejeros que él ha puesto en su Iglesia, y con ellos consultemos nuestras cosas, cumpliendo lo que dice el Sabio: *Júntate á un corazon de buen consejo, porque apenas hallarás cosa de mas estima que esta* (4); creyendo que el ánima del varon santo suele topar con la verdad, mas que siete sabios que miran las cosas desde atalaya (5). Y porque es don del Espíritu Santo topar con este buen consejero, y tener corazon dócil, para seguir su consejo, he de pedirle uno y otro, diciéndole: Ó Espíritu santísimo, de quien proceden todas las gracias, para bien de la universal Iglesia, inspira á mis consejeros el consejo que me han de dar, y dame corazon dócil y esforzado para seguirle.

PUNTO CUARTO.—*Conclusion de lo dicho.*—1. De lo dicho en esta meditacion y en la pasada he de sacar tres grandes propósitos, los cuales tambien son medios para solicitar y negociar la frecuencia de las inspiraciones del Espíritu Santo, y el uso de estos siete dones, con las perfecciones que se ha dicho. El primero es, confiar grandemente en la bondad y liberalidad del Espíritu Santo, que me ha de hacer esta merced, aunque sea flaco, idiota y mal inclinado, porque á todos los justos, de cualquier estado y condicion que sean, da estos dones, con deseo de que no estén ociosos con ellos. Y como los cuatro animales que vió Ezequiel, con rostros de buey, hombre, leon y águila (6), con ser tan diferentes en lo natural, caminaban á un mismo paso con suma ligereza, siguiendo el ímpetu del Espíritu Santo, con las alas que les habia dado; así tambien los ingeniosos y letrados, como águilas, y los nobles y fuertes, como leones, y los discursivos y flacos de complexion, como hombres, y los rudos y

(1) Eccli. xxxiii, 23. — (2) D. Thom. 2, 2, q. 52. — (3) II Cor. xi, 14.

(4) Eccli. xxxvii, 16.—(5) Casian. Collat. xvi, c. 11 et 12. — (6) Ezech. i, 10.



trabajadores, como bueyes, pueden caminar á un paso en la vida espiritual, y subir á la cumbre de ella con las alas de las virtudes y dones que les da el Espíritu Santo, siguiendo el ímpetu de su fervorosa inspiracion. Ó Espíritu divino, pues no quieres que tus talentos estén ociosos, y por esto castigas al perezoso que los entierra, usa en mí de los dones que me has dado, moviéndome á las obras que te dan contento.

2. El segundo medio es, frecuentar del mejor modo que pudiéremos aquellos ejercicios en que el Espíritu Santo suele comunicar sus inspiraciones, porque de suyo le provocan á ello; á los cuales por esta causa podemos llamar, como se dice en Job, *venas del murmullo de Dios* (1), ó como dice san Gregorio (2), arcaduces por donde viene la divina inspiracion al alma. Estos son, leccion de buenos libros y oír los sermones, en los cuales suele inspirar luz de lo que se lee y oye; oracion y meditacion, en las cuales, hablando con Dios, le provocamos á que nos hable; comunión y misa, en la cual está el mismo Cristo, que nos mereció estas inspiraciones, y con el Espíritu Santo es dador de ellas. Y á tiempos será muy provechoso ejercitar aquel modo de oracion por respiraciones, de que se hizo mencion en la introduccion de este libro (párrafo IX), juntando con cada respiracion un afecto ó suspiro amoroso, ya por ver á Dios, ya por vernos libres de tanta miseria.

3. El tercer medio es, agradecer muy de veras cualquiera merced de estas que el Espíritu Santo nos hiciere, teniéndonos por indignos de ella (3); y cumpliendo puntualmente la obra buena que nos inspirare, sea de vida activa ó contemplativa, gozando con quietud de los sentimientos que con su divina luz nos comunicare, porque quien agradece las inspiraciones y mercedes recibidas, y usa con obediencia de las presentes, recibirá otras muy mayores en lo porvenir. Ó Esposo de las almas puras, que dijiste: *Huye, cierzo, y ven, ábrego, por todo mi huerto, para que los árboles destilen sus licores olorosos* (4); destierra de mi alma el viento cierzo de la ingratitude y soberbia, que seca las fuentes y desaparece las lluvias de tus copiosas misericordias, y envía sobre mí el viento ábrego de tus fervientes inspiraciones, para que mis potencias broten muchedumbre de obras olorosas, agradables á tus ojos, y provechosas á mis prójimos, subiendo por ellas de virtud en virtud, hasta llegar á verte en la santa Sion por todos los siglos. Amen (5).

(1) Job, iv, 12. — (2) D. Greg. Lib. XX. — (3) D. Bern. Serm. 1 de Pent.  
(4) Cant. iv, 16. — (5) Bern. Serm. 51 in Cant.; D. Aug. in Soliloq. c. 18.

## MEDITACION XXVIII.

DE LA PLENITUD DEL ESPÍRITU SANTO QUE SE DIÓ Á SAN ESTÉBAN, Y COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR SE LE APARECIÓ EN EL MARTIRIO.

—Entre los discípulos de aquel tiempo, uno de los mas señalados fué san Estéban (1), el primero de los siete diáconos que escogieron los Apóstoles, de quien san Lucas cuenta cuatro cosas, que pueden ser materia de esta meditacion, conviene á saber, los dones que el Espíritu Santo le dió; lo bien que él usó de ellos; los favores que le hizo Dios por este buen uso, y el buen fin que tuvo. Á lo cual se ha de añadir el premio de que goza en la gloria. Y estos mismos puntos se pueden aplicar á las meditaciones de las vidas de los Santos.—

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar cuán liberal fué el Espíritu Santo con san Estéban, porque de él se dice que estaba lleno de Espíritu Santo. Y de esta plenitud nacia otras cuatro, porque estaba lleno de gracia y sabiduría, de fe y de fortaleza; de donde resultaba en él tanta modestia y apacibilidad exterior, que su rostro parecia de ángel.—La primera plenitud de gracia, adornaba su corazon con virtudes celestiales, para que fuese gracioso á Dios.—La segunda de sabiduría, adornaba su entendimiento con luz de las verdades divinas, para penetrarlas con gusto, y enseñarlas á otros con provecho.—La tercera de fe, llenaba su alma para orar con confianza á Dios, y hacer obras milagrosas en bien de los hombres.—La cuarta de fortaleza, le hacia invencible de sus enemigos, y constante en sufrir las persecuciones y trabajos; y por todas cuatro era como ángel, teniendo en cuerpo terreno vida angelical.—Estos dones le dió el divino Espíritu, graciosamente, para mostrar las riquezas de su gracia, no solamente en los doce Apóstoles, sino tambien en los otros inferiores discípulos; pero sin duda este glorioso varon se dispuso para recibirlos con grande fervor; previniéndole tambien para esto el mismo Espíritu Santo, con cuyo favor he de animarme á procurarlos, pues no está abreviada la mano de este liberalísimo dador. Y al glorioso san Estéban tengo de suplicar interceda por mí; porque si con su oracion alcanzó estos y otros mayores dones para Saulo, siendo perseguidor de Cristo, tambien lo

(1) Act. vi, 5; vii, 57.